



Algún día todos seremos tibetanos

Difficil no politizar estos Juegos Olímpicos. Seamos sinceros, aunque no lo deseáramos, era lógico que la llama olímpica tuviera el accidentado recorrido que ha tenido hasta ahora. Y esto es solo el comienzo, porque todo indica que la inauguración de las Olimpiadas Beijing 2008 será boicoteada por un gran número de países. Por lo pronto, el primer ministro británico Gordon Brown ya anunció que no compartirá la tribuna con Hu Jintao el 8 de agosto próximo, Polonia lo dijo hace tiempo y la Unión Europea espera poder presionar tanto que el presidente chino se vea obligado a recibir al Dalai Lama antes de agosto.

Jacques Rogge, presidente del Comité Olímpico Internacional, tenía un aire un tanto ingenuo el miércoles pasado, cuando les recordó a los chinos que antes de la atribución de Beijing como sede olímpica, su país se comprometió a respetar sus compromisos en favor de los derechos humanos. Rogge citó de memoria la promesa que entre guiños y requiebros le hizo el dragón al COI: "Atribuirle los Juegos Olímpicos a China hará avanzar el tema social, espe-

HUMOR INTERNACIONAL



cialmente los DD.HH.", habían dicho en aquella ocasión. Hoy el espíritu olímpico está en crisis, confesó afligido Rogge.

Recordando aquella promesa

fue que el alcalde de París, Bertrand Delanoë, desplegó al paso de la llama olímpica una banderola que proclamaba el compromiso de la Ciudad Luz con los dere-

chos humanos en el mundo entero. Las manifestaciones en París, Londres y San Francisco han convertido a la pobre antorcha, símbolo de la hermandad entre los

pueblos, en un objeto que hay que transportar casi clandestinamente para evitar la furia popular.

Cuando los chinos pugnaron por convertirse en sede de las Olimpiadas, reclamaban un reconocimiento a los inmensos progresos hechos por su país en estos últimos años, pero sabían también que los ojos del mundo estarían puestos sobre ellos. Hubiera sido ingenuo que creyeran que la bonanza económica que ostentan podría cubrir los atentados a las libertades fundamentales que se cometen a diario en China.

Porque no se trata solo del Tíbet –territorio ocupado desde hace 50 años por China, que mantiene sojuzgados y en calidad de ciudadanos de segunda clase a sus 2,5 millones de habitantes–, sino del desprecio absoluto por los DD.HH. que demuestran y que se traduce en la represión absoluta que ejercen sobre sus ciudadanos, impedidos de informarse, expresarse y circular libremente so pena de cárcel.

El gobierno de Beijing contrataca ahora diciendo que en Xinjiang (territorio chino donde habitan los uygures, una etnia de religión musulmana) se preparan atentados mortales perpetrados

por terroristas suicidas. Es posible, aunque más parezca un pretexto para desatar una represión aun mayor que la que vive el ciudadano corriente todos los días.

Recordemos que cuando empezaron las protestas en el Tíbet, hace un mes, el Gobierno decidió expulsar a los extranjeros, que fueron los únicos en dar testimonio de lo que allí pasaba, y cerrar simple y llanamente el territorio hasta nuevo aviso.

Si China creyó que sus progresos se medirían solo por su poder adquisitivo, se equivocó de palmo a palmo. Y nosotros también lo haríamos si nos adhiriéramos a esa teoría.

No solo es inmoral sino absurdo pretender que porque hacemos negocios con el dragón debemos cerrar los ojos ante su desprecio por los derechos humanos.

Porque cuando dentro de poco tiempo –gracias a su crecimiento económico acelerado– los chinos tengan la hegemonía mundial y sean ellos quienes impongan las reglas de juego, todos seremos tratados como esos tibetanos que hoy nos parecen tan distantes y exóticos. Entonces ya será demasiado tarde. ■■

LA PLUMA INVITADA

Una histórica oportunidad perdida

Fernando Henrique Cardoso
Ex presidente de Brasil



Fernando Henrique Cardoso es sociólogo y escritor. Traducido por Jorge L. Gutiérrez. © 2007 Agencia O' Globo. Distribuido por The New York Times Syndicate Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú

Preparé este artículo antes de viajar a Estados Unidos, donde participaré en una serie de discusiones en la Universidad de Brown, en conmemoración de los cuarenta años de la primera edición del libro que hice junto con Enzo Faletto sobre "Dependencia y desarrollo en América Latina". Es mi despedida de Brown, después de haber sido profesor invitado (título que requirió una corta permanencia docente anual) durante cinco años.

Confieso que no me gusta escribir con tanta anticipación. La natural falta de interés del lector de periódicos por noticias, e incluso análisis, no actuales requiere temas inmediatos. Temas que, estos últimos tiempos, francamente han sido desalentadores para quien cree que la política no se limita a una lucha mezquina por la conquista y la preservación del poder. Me causa repulsión la falta de compromiso con la verdad de los hechos, la deshonestidad intelectual y, principalmente, el trato cínico concedido a indicios graves de improbidad en la administración pública y la benevolencia con que son tratados los infractores amigos o aliados. Como todavía en el episodio de las tarjetas corporativas. La insensibilidad del presidente y de su gobierno es tal que pocos les importa la opinión pública. Con la popularidad inflada por los buenos vientos de la economía, se juega irresponsablemente con la idea de que la preocupación por la moralidad pública y el respeto por la ley es cosa de la élite blanca que tiene tiempo de leer el periódico.

¿Cuánta diferencia con lo que se ve hoy en Estados Unidos! Quien no lo haya leído, debe leer el discurso completo de Barack Obama, "Una unión más perfecta". En él, Obama relaciona la lucha política con los mejores valores de una república que fue fundada con base en ideales, entre ellos el de la igualdad. Un ideal siempre imperfectamente realizado, pero que constituye hasta hoy el motor de las mejores y más nobles luchas políticas del pueblo estadounidense. Obama no se apropia del ideal para utilizarlo como arma electoral y dividir el país, mostrando así la grandeza de su liderazgo.



Lo que se ve, no obstante, es un presidente que no vacila en revivir la vieja cantinela de los 'dos Brasil', de la élite blanca y de los oprimidos, de los malos y de los buenos, y que no es raro que justifique las prácticas políticas más atrasadas

Reproduzco un trozo representativo del sentido de su discurso. En él, Obama reconoce y critica la agresividad del pastor Jeremiah Wright en los sermones sobre la raza pronunciados en la iglesia de la Trinidad. Por otro lado, repudia la crítica que casi sataniza al pastor y explica: "El error profundo de los sermones del reverendo Wright no es que haya hablado del racismo en nuestra sociedad. Es que habló como si nuestra sociedad fuera estática, como si no hubiera habido ningún progreso, como si todavía estuviera ligada irrevocablemente a un pasado trágico. Eso en una nación que hizo posible que uno de los miembros de su propia congregación disputara el cargo más importante de su país y construyera una coalición entre blancos y negros, latinos y asiáticos, ricos y pobres, jóvenes y viejos. Pero lo que sabemos, lo que hemos visto, es que Estados Unidos puede cambiar. Ese es el verdadero espíritu de esta nación. Lo que ya conseguimos nos da esperanza –la audacia de la esperanza– para hacer lo que

necesitamos y debemos hacer mañana".

¿Qué diferencia! ¿Sería mucho esperar que Lula, que también es el símbolo de una sociedad dinámica en la que las fuerzas de la movilidad social cuentan más que las de origen, percibiera que, para avanzar, el país necesita realizar el muy imperfectamente realizado ideal de igualdad ante la ley y que la moralidad pública es condición de igualdad republicana y no preocupación de privilegiados? ¿No es eso lo que debería esperarse del jefe de la nación? Lo que se ve, no obstante, es un presidente que no vacila en revivir la vieja cantinela de los "dos Brasil", de la élite blanca y de los oprimidos, de los malos y de los buenos, y que no es raro que justifique las prácticas políticas más atrasadas. Eso en un país que lo colocó en la cima de la vida pública y que se caracteriza por tener una élite compuesta por los "blancos de la tierra", salpicados por las sangres más variadas, desde la indígena y la europea, hasta la negra y la asiática.

¿Exageración de mi parte? ¿No fue la cantinela de los "dos

Brasil" el lema del discurso que pronunció Lula recientemente en Pernambuco? Para mimar a Severino Cavalcanti, lo llamó víctima de los prejuicios de las élites de Sao Paulo y de Paraná, que habrían urdido una conjura para apartarlo de la vida pública. Teoría conspiratoria risible si fuera dicha por una persona común, pero inaceptable viniendo del presidente de la República. ¿Será el anticipo de lo que vendrá más adelante, en la campaña electoral de 2010?

¿Qué desperdicio de oportunidad histórica! ¿Por qué no pensar en Nelson Mandela, que salió de 28 años de cárcel y habló de la necesidad de reconciliación entre negros y blancos en la tierra del "apartheid"? Sin negar y repudiando, claro, la injusticia del racismo. Y no se diga que los antecedentes de grandeza solo vienen del exterior. Basta recordar a José Bonifacio, que desde principios del siglo XIX demostró que Brasil como nación habría de fundamentarse en la diversidad de razas y en el reconocimiento de que los valores de la democracia y la ilustración no podrían limi-

tarse, como pensaba Jefferson, a una élite restringida, formada por blancos y ricos. Por el contrario, el Patriarca afirmaba que si diéramos educación a los negros y a los indígenas, provistos de razón como todo ser humano, ellos se volverían ciudadanos.

¿Por qué, en lugar de pasarle la mano por la cabeza a cuanto loco exista a su lado, de ver amigos en quienes se dejan corromper y enemigos en quienes honestamente disienten con él, nuestro presidente, con todas las credenciales que tiene de hombre que nació en medio del pueblo más pobre y venció, no une a los brasileños en torno del ideal fundador de toda gran república?

¿Por qué, en vez de congregarse y definir valores comunes, se pierde en minucias y se entusiasma tanto en inaugurar las primeras piedras de obras que no se construyen?

Rara vez el país tuvo una coyuntura económica y social tan favorable para dar un salto grandioso en la construcción de una nación decente. No obstante, la oportunidad se esta perdiendo por falta de visión de quien dirige. ■■

ASÍ NOS VEN

el Periódico
DE ESPAÑA

GIANCARLO SHIBAYAMA



Tenor Juan Diego Flórez dio el "sí, quiero" rodeado de lujo

Dio el do de pecho por todo lo alto. El tenor peruano Juan Diego Flórez le cantó el sí quiero a la ex modelo Julia Trappe en una boda de ensueño, al contraer matrimonio en la Catedral de Lima rodeados de lujo y extremadas medidas de seguridad. Sus grandes puertas se abrieron antes de las cinco de la tarde, hora local, del sábado, por primera vez para una boda en casi 60 años. Fue en 1949 cuando contrajeron matrimonio la princesa alemana Hilda Marie Gabrielle de Baviera con el peruano Juan Bradstock Lockett de Loayza.

El presidente del Perú, Alan García, y su esposa, Pilar Norez, encabezaron la lista de ilustres invitados, que incluyó a personalidades del mundo de la ópera, embajadores, familiares de los novios y amigos: en total 800 convocados. El público reunido en las inmediaciones dio gritos de emoción al confundir a uno de los invitados, Toby Spence, con el cantante Bryan Adams, amigo de la pareja que finalmente no acudió a la ceremonia, al igual que la viuda de Luciano Pavarotti, Nicoletta Mantovani.

Flórez, todo un ídolo también para los amantes de la ópera de Barcelona y que arrasó en su última actuación en el Liceu, en noviembre del 2007, llegó al templo acompañado por su madre, María Teresa Salom, escoltado por la policía, diez minutos después, llegó la novia junto a su padre, Wilhelm Trappe, y cuatro damas de honor.

La ex modelo lució un vestido blanco estilo princesa, con un corpiño tejido con cristales de Swarovski y un largo velo de tul que se confundía con la extensa cola. El traje nupcial fue diseñado por el italiano Massimo Gasparrini. El maquillaje y peinado, estilo años 60 del siglo pasado, corrió a cargo del también italiano Enzo Vitale, quien colocó a la novia una tiara de cristales, oro y platino.

La pareja, que se conoció hace cinco años y contrajo matrimonio civil el año pasado, en Austria, fijará su residencia en Italia, después de que el reclamado tenor cumpla con la agenda de representaciones que retomará la próxima semana en Estados Unidos. ■